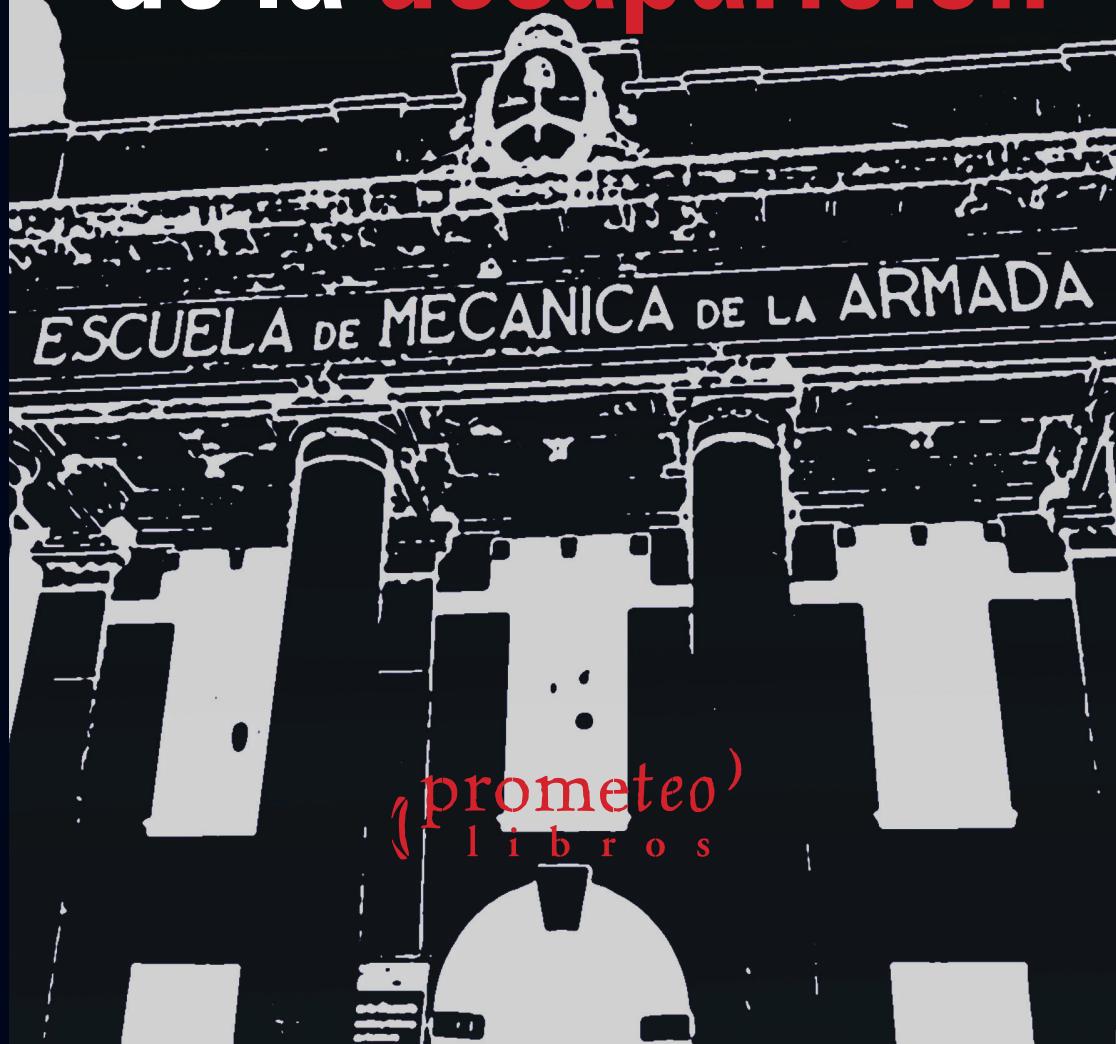


CLAUDIO MARTYNIUK

ESMA

Fenomenología de la desaparición



ESMA
FENOMENOLOGÍA DE LA DESAPARICIÓN

Claudio Martyniuk

ESMA
Fenomenología de la desaparición

{^{prometeo}_{libros}}

Martyniuk, Claudio

ESMA : fenomenología de la desaparición /
Claudio Martyniuk. - 1a ed. - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires : Prometeo Libros, 2015.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-816-082-5

1. Derechos Humanos. 2. Dictadura Militar. 3.
Víctimas de la Represión. I. Título.

CDD 323.044

© De esta edición, Prometeo Libros, 2015

Pringles 521 (C11183AEJ), Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54-11)4862-6794 / Fax: (54-11)4864-3297

distribuidora@prometeoeditorial.com

www.prometeoeditorial.com

Diseño: R&S

Armado: María Victoria Ramírez - cutral@cutralediciones.com.ar

Corrección: Liliana Stengele

ISBN:

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial

Derechos reservados

Índice

Prólogo	9
---------------	---

PRIMERA PARTE: EXPERIENCIA

Campo de desaparición	13
De una frontera a otra (Munro-Pilcanyeu)	27
Astilla en el ojo.....	41
Distancia de voces	61
Desaparición y atención	79

SEGUNDA PARTE: REPRESENTACIÓN

Teoría y método del cuaderno	97
Fenomenológicas.....	119
Piedra tras la sangre. Desaparecidos, testimonios y representaciones.....	137
Evaporación.....	151
Adenda: De la insensibilidad al museo.....	161
Las palabras, las ideas y las desapariciones	163
Notas para una presentación	175
Retórica de la memoria, embotamiento de la atención, lejanía de la persuasión	179
Antipresentación de un libro en la Esma	191
Museo Esma	197

Prólogo

La escritura del libro *Esma. Fenomenología de la desaparición* concluyó en marzo de 2002. Su publicación no fue posible hasta hallar, dos años más tarde, el comprometido acompañamiento del editor Raúl Carioli. En esta otra edición de Prometeo se agregan textos posteriores a aquel verano convulsivo. Tales escritos posteriores difícilmente puedan calificarse de “nuevos”: el trasfondo, el modo de pensar no registra variaciones de relieve. Son dudosos algunos de mis sentimientos sobre su reedición. Más de una década pasó desde la primera publicación. Se dirá: “Mucho ha cambiado desde entonces”. También: “Cuán poco se ha conseguido”.

Sigue, pues, el libro siendo lo que era. No es un libro académico. Carece de pretensión poética. Tampoco se trata de un relato historiográfico. No contiene novedad en sus detalles. Sí aspira a la justicia. Vacila, se debate. Dispone *sinsentidos* con ánimo de ensayo, como si se pusieran a prueba matices. Se ensayan desajustes. Ánimo de justicia, ánimo crítico que apenas a veces logra una cercanía, un acercamiento cálido. No he podido expresar mejor sensaciones, emociones y aun pensamientos. No he hallado comodidad en un método, una perspectiva, una política, una ideología, una estética. Tampoco el libro pretende instaurar una tesis. Sí podría afirmar, sin duda alguna, que *este libro solo será entendido quizás por quien alguna vez haya pensado por sí mismo los pensamientos que en él se expresan o, al menos, pensamientos parecidos*, ¿pero acaso esta experiencia no se manifiesta en las más variadas lecturas?

Me hubiera gustado mejorar la edición anterior. Hubiera debido escribir todo desde cero para lograr *un buen libro*. La obra, en su pobreza, con sus tan visibles limitaciones, quizás estimule a pensar en la miseria y en la oscuridad de este tiempo.

Buenos Aires, octubre de 2015.

PRIMERA PARTE

EXPERIENCIA

A la memoria de Enrique Latrónico y Amadeo San Martín, padres de desaparecidos, compañeros de la Comisión de Familiares de Desaparecidos de la Zona Norte de Buenos Aires, Iglesia de Victoria, 1978/9.

*Los poemas a la muerte
son un engaño.
La muerte es la muerte.*

Toko (1795)

Nos inunda el pesimismo o la indignación. El pesimismo hace suyo algo del sufrimiento del otro sin un objetivo concreto. La indignación exige una acción.

John Berger

Campo de desaparición

Desde marzo de 1976 hasta noviembre de 1983, en Esma (Escuela de Mecánica de la Armada), sobre la avenida del Libertador y al lado de la escuela secundaria industrial “Raggio”, en el barrio porteño de Núñez, funcionó un campo de desaparición. Esma es un campo de desaparición. Lo ha sido, y no deja de serlo. Sus muros están ensangrentados. Sus baldosas tiemblan por los tormentos que debieron sostener. Por Esma pasaron unos cinco mil detenidos-desaparecidos, por lo que fue, junto a Campo de Mayo, uno de los mayores centros clandestinos de tortura y reclusión. Esma, campo de desaparición en desuso. Ya no recorren sus celdas Emilio Eduardo Massera, jefe de la marina de la dictadura; ni Rubén Jacinto Chamorro –alias: Delfín y Máximo-, director de Esma; ni tampoco Jorge Eduardo Acosta Aubone –alias: Tigre, Santiago, Aníbal-, el jefe de inteligencia del grupo de tareas (“Grupo de Tareas 3.3.2.”) creado en la marina para la represión ilegal, hombre que decía ser como Dios, dueño de la vida y la muerte. Ese grupo de tareas además cumplía misiones en el exterior: en España ofreció la técnica de los secuestros y desapariciones para combatir a Eta; en Madrid y París instaló “centros piloto”; en Gran Bretaña realizó tareas de propaganda y obtuvieron equipamiento; en Arabia Saudita le brindó seguridad a la casa real; en Brasil secuestró y vigiló a exiliados argentinos; en Bolivia compitió con el ejército argentino para brindarle apoyo táctico a la dictadura represiva de ese país; en Venezuela controló a exiliados. Este grupo represor acumuló riqueza económica tomando por la fuerza bienes, falsificando documentos, torturando y asesinando para adquirir propiedades. Hasta montaron una inmobiliaria, cerca de Esma, en el barrio de Belgrano. Más: Esma rentó a un grupo de dirigentes peronistas de derecha para promover la figura de Massera como heredero político de Perón. Massera, el que frecuentaba Mau Mau, tuvo descendencia: Alfredo Astiz, quien únicamente se destacó en la represión ilegal. Astiz secuestró a la adolescente Dagmar Hagelin, a quien previamente le disparó por la espalda; se infiltró en el grupo de madres de Plaza de Mayo que se reunía en la Iglesia de la Santa Cruz; intervino en el secuestro y asesinato de las monjas francesas. Massera, con el nombre de guerra “Negro”, en unos casos, o “Cero”,

en otros, participó en los primeros operativos del grupo de tareas para poner en evidencia su compromiso con la actividad que realizaban los hombres bajo su mando. La inteligencia del grupo, que incluía desde la información que se le arrancaba a los prisioneros bajo tortura hasta el decidir a quién secuestrar, se hallaba a cargo de oficiales de la Armada secundados por suboficiales de esa fuerza, personal de Prefectura y del Servicio Penitenciario Nacional. En los operativos se agregaban efectivos de la Policía Federal y oficiales y suboficiales retirados de la marina y el ejército. La logística comprendía el mantenimiento y refacción de las instalaciones, así como la administración de las finanzas y negocios, tareas a cargo de oficiales y suboficiales de la Marina. Los guardias, llamados “los verdes” por el uniforme que portaban, que además tenían la sangrienta tarea del traslado, eran suboficiales jóvenes de infantería de marina, algunos de los cuales habrían padecido algún desequilibrio, llamado “locura de Capucha” en referencia al lugar de realización de unas tareas muy diferentes a las que mostraba la propaganda televisiva destinada a los “jóvenes argentinos que deseen ingresar a la Armada”. Esma, campo de desaparición en una escuela de mecánica de la armada donde el alumnado recibía adiestramiento técnico: electricistas, maquinistas y artilleros convivían con estudiantes de marinería, comunicaciones, radar y abastecimiento. Había una compañía de ceremonial y unos cinco mil marineros, a razón de un marino por cada desaparecido.

En el Casino de Oficiales, un edificio de tres pisos, con un altillo grande y un sótano, funcionó el grupo de tareas y el campo de concentración. En el primero y en el segundo piso estaban los dormitorios de los oficiales. El tercer piso –llamado “Capucha”-, tenía pisos de cemento que se pintaban constantemente, sin ventanas, con pequeños ventiluces que daban a los “camarotes”, unas celdas con paredes de mampostería. Frente a los “camarotes” se alineaban las “cuchas”, estrechos cubículos donde se tenían encapuchadas, esposadas y engrilladas a las víctimas. Acá, además, estaba el “Pañol”, sitio donde se almacenaban los bienes robados. Entre la “Capucha” y el “Pañol” se hallaban los baños y tres habitaciones, una de ellas para las prisioneras embarazadas. Un guardia armado abría la puerta y anotaba en un libro todos los movimientos. En el altillo llamado “Capuchita” también se alojaba a los detenidos-desaparecidos, pero en condiciones aún más rigurosas. Había dos salas de tortura. Se prestaba este espacio a la Fuerza Aérea, al Ejército y al Servicio de Inteligencia Naval para llevar allí a sus detenidos. En la planta baja se encontraban los despachos de algunos oficiales del grupo –la zona de “los Jorges”- y había un salón, “El Dorado”, donde se instaló la sección de inteligencia del grupo y se concentraban los efectivos antes de salir. En el sótano se ubicaban la enfermería, un laboratorio fotográfico y varias salas de tortura presididas por dos carteles que decían:

“El silencio es salud” y “Avenida de la felicidad”, las salas eran el escenario de todo tipo de actos de tortura. Al sótano eran llevados los detenidos recién ingresados. Esta disposición fue alterada primero en octubre de 1977, cuando se hizo en el “Pañol” una reforma para instalar oficinas separadas por acrílicos transparentes y madera aglomerada, donde un grupo de secuestrados, todos con sus pies engrillados y vigilados por un circuito cerrado de televisión, era ocupado en tareas de traducción de artículos de la prensa extranjera y archivo periodístico; después, en diciembre de 1978, se volvieron a concretar reformas, esta vez destinadas a preparar el espacio para ocultar la realidad del campo a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. Entre la costa del río y la avenida Leopoldo Lugones se ubicaba el campo de deportes de Esma. Allí se incineraban cadáveres. Un cabo segundo que revistó en Esma declaró ante la Conadep que “desde la ESMA se trasladaban cuerpos de detenidos muertos, en camionetas verdes, al campo de deportes que se encuentra en los fondos de la escuela, del otro lado de la avenida Lugones, sobre la costa. Iban dos personas a cargo de cada camioneta y en una oportunidad oí que le decían al suboficial a cargo de la guardia que venían ‘de hacer un asadito’, forma de manifestar el procedimiento de quema de los cadáveres. Por la noche podían verse las hogueras de la quema de los cuerpos. Era frecuente también que durante el día se realizara el relleno de esa zona, ampliando con tierra el área del campo de deportes, por lo que supongo se procedía así a la cobertura de los restos de las hogueras. En ese mismo campo encontré una bolsa de plástico azul que al abrirla vi que había un feto con cierta cantidad de líquido.”

(A un año del golpe de Estado, el 24 de marzo de 1977, el diario *La Opinión* –todavía dirigido por Jacobo Timerman– publicó un suplemento titulado “El silencio de los políticos”. Allí, Ángel Federico Robledo, por el Partido Justicialista, decía: “El primer paso de toda apertura política deberá ser la concreción de un programa de unidad nacional libremente acordado entre los sectores políticos y no políticos del quehacer nacional y las Fuerzas Armadas. Eso permitirá que con la participación responsable de todos se logren los objetivos que para este proceso de transición anunciaron las Fuerzas Armadas como metas justificativas del golpe de Estado.” “Las Fuerzas Armadas han obtenido un éxito en la lucha contra la subversión, en el último año, en el campo militar. Les aguarda la tarea más difícil, que es ganar la paz, y cuyo fin requiere la colaboración de todos los sectores del país que entiendan que la paz es pre-requisito del desarrollo. Sin embargo, conspiran contra esa posibilidad los sectores que se han autoproclamado ‘colaboradores’ de la represión ilegal, incurriendo en excesos que además de darnos una mala imagen externa, producen en el orden interno inquietud y

temor. Es necesario comprender que la voluntad mayoritaria del pueblo acompaña a sus Fuerzas Armadas en la medida que éstas entiendan la necesidad de reprimir a sus interesados ‘colaboradores’ y poner en práctica procedimientos que aseguren la paz y no sobremilitaricen la represión,” expresaba Juan Carlos Pugliese, de la Unión Cívica Radical. “Los que tienen el poder deben adoptar medidas concretas para dar la sensación que no se dejarán cometer crímenes a la ultraizquierda y a la ultraderecha”, Fernando Nadra, Partido Comunista. Ese mismo día, pero en forma clandestina, el escritor Rodolfo J. Walsh daba a conocer una carta abierta a la Junta Militar, donde señalaba que el primer año de dictadura causó “quince mil desaparecidos, diez mil presos, cuatro mil muertos, decenas de miles de desterrados.”)

Una ínfima minoría de los secuestrados colaboraron directamente con el grupo de tareas en la represión ilegal. Fueron llamados “mini staff”. Otro grupo hizo tareas como elaborar síntesis de prensa, clasificar objetos robados, electricidad, plomería, y carpintería.

En marzo de 1978 un prisionero, Horacio Maggio, logró evadirse, salió del país y denunció la existencia del campo de concentración. (Horacio volvió –su agrupación le ordenó que volviera al país- y fue recapturado y asesinado seis meses después.) Jaime Dri, ex diputado chaqueño, también se fugó (el 19 de julio de 1978) y denunció la existencia de Esma.

Ante la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), en 1979, los secuestrados fueron trasladados, unos a una quinta de la zona norte del Gran Buenos Aires; otros a una isla en el Tigre de nombre “El Descanso”. A los detenidos que permanecieron en Esma se los vistió con ropas de fajina del personal incorporado a la Armada.

Mario Villani, físico, fue secuestrado en 1977. En marzo de 1979 lo trasladaron a la Esma. Allí fue “X96”. Fue obligado a reparar una avería en una pica, un generador de tensión de 12.000 voltios y baja corriente que era utilizado para aplicar descargas a los detenidos. Se negó. Se negó hasta que comprobó, según relató después a Francesco Relea, de la revista del diario español *El País*, que los torturadores empezaron a usar otro aparato sin limitación de corriente; un aparato mortal. Pero los torturadores no solo usaban picana. Ricardo Miguel Cavallo, ángel rubio como Astiz, “era cordial”. Obligó a mujeres “liberadas” como Ana Testa, quien antes fue secuestrada y torturada en Esma, a compartir la vida con él. La invadió. Dormía en su casa. Comía en su mesa. Nadaba en su pileta. Pasó un fin de año junto a la familia de la sobreviviente.

Entre 1980 y 1983 se montó, con mano de obra esclava -prisioneros trasladados a Esma desde distintos campos de concentración- un servicio de falsificación de documentos. Hasta se proyectó falsificar dinero chileno. Víctor

Melchor Basterra integró ese grupo. Fue secuestrado el 10 de agosto de 1979 y “liberado” en diciembre de 1983, antes de que asumiera Raúl Alfonsín, pero los represores lo siguieron intimidando. En agosto de 1984 llevó al Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) un bolso deportivo que contenía tarjetas falsas de identificación de automotores robados que se usaban en los operativos; órdenes manuscritas de hacer documentos falsos; datos y antecedentes de los secuestrados en Esma; cédulas de identidad de la Policía Federal falsificadas; autorizaciones falsas para portar armas; volantes impresos en Esma para algunos candidatos justicialistas; listas de desaparecidos; fotografías de desaparecidos y de los sectores de detención y tortura de Esma. Basterra le sacó fotos a sus represores para hacerles documentos falsos. Hacía copias. Sacó de allí un centenar de esas fotografías. Fue un desaparecido que hizo aparecer los rostros de los desaparecidos.

Visitaron el campo de desaparecidos Esma, en los tiempos de funcionamiento pleno, periodistas al servicio de Massera y el pro-vicario castrense, monseñor Bonamín. Instituciones civiles pusieron a disposición del “grupo de tareas” vehículos, instalaciones y redes de comunicaciones. En la navidad de 1979, el capellán celebró una misa en el sótano del campo de concentración. Asistieron los desaparecidos, engrillados y encapuchados. Pudieron retirarse las capuchas al inicio de la misa. Ya antes, en 1978, habían recorrido Esma el nuncio apostólico, Pío Laghi y Monseñor Aramburu, cardenal primado de la Argentina.

La Esma tuvo más sobrevivientes que los restantes campos; fue un lote pequeño, pero mayor que el de los campos del ejército y la aviación. A diferencia de Videla, Massera citaba a Martínez Estrada, y criticaba a la política económica de Martínez de Hoz. Ese aire se advertía hasta en las contraseñas para ingresar a Esma: “El caballo toma a la reina”, “Cerrar la partida con tres de alfil”. Propagó el horror a través del rumor nihilista, el medio más fuerte de propaganda. Igual, en los hogares, las señoras de los oficiales tomaban el té en vajilla robada, como denunció Lanusse. Tachando seres, sellando compromisos con sangre, marchaban los hacedores de parajes físicos de aniquilación; Massera los encabezaba. Massera recibió el doctorado *honoris causa* de la Universidad de El Salvador, en 1978.

Desde el aire, cae el aire y vuela la muerte. Mientras tanto, el río era llenado. La muerte, el color de las aguas. Las aguas adentro de nosotros. Brotan de Esma aguas argentinas. Quién sabe si aún hoy no llegan cabellos por las tuberías. Se consumen los hechos. En Esma, suboficiales regalando cigarrillos, secuestrados comiendo siempre sopa, durmiendo sobre colchonetas, entre la sangre, la orina, los vómitos y la transpiración. En la “Q”, los quebrados. En la oscuridad se dio a luz: los niños nacidos en Esma. Una niña, la hija de Silvia Dameri,

quizás lea esto, quizás crea saber quién es, pero tal vez aún no lo sabe, ni sabe que no sabe. Y como ella, muchos más. Hay quienes necesitaban una cesárea y eran conducidas al Hospital Naval. Después del parto eran regresadas a Esma. El aire (todo el aire), elemento del desaparecido. En él persiste el grito. Sobre él se disfraza la ausencia (paréntesis como desaparecidos: *horror vacui*). En el aire, una herencia. ¿Memoria que previene, detiene, ordena, requiere? Memoria del dolor, memoria del tiempo, memoria del espacio, extensiones fantasmales. Pasaje al hábito, fuerza de la costumbre. Desaparición, naturalización, hipostatización. El aire, encerrado, denso y oloroso.

Ante esa dura roca

El pan se ha acabado, vamos a volver dentro, a hundirnos en nosotros mismos, mirando nuestras manos, a encenagarnos, mirando la estufa o el rostro de un tipo, sentarnos allí, a hundirnos hasta aproximarse el rostro de M..., de D..., allá. Voy a recordar que, allá, me hablaban. Podía ocurrir que se dirigiesen exclusivamente a mí. Allá, en la calle, yo era como cualquier otro... Allá, solo consigo verme de espaldas, siempre de espaldas.

Robert Antelme, *La especie humana*

Aún adentro de Esma fue posible, por momentos, algo parecido a la vida. Aun cuando la furia ciega y embrutecida de unos aniquilara los cuerpos de otros, hasta antes del final cierta expresión de salud pueden conservar los oprimidos: anhelos, fantasías, espíritu de solidaridad, conciencia política. Privado de los suyos, privado cada vez más de su cuerpo, cada uno conservaba algo. Aún sobrevivía la voluntad. “No puedo crear algo comestible. En esto consiste la impotencia. Estoy solo, no puedo hacerme vivir a mí mismo. Sin hacer nada, el cuerpo despliega una prodigiosa actividad con solo consumirse. Siento que algo se me escapa, no puedo detenerme, mi carne desaparece, cambio de envoltorio, mi cuerpo huye.” Pudo Antelme, sobreviviente de Buchenwald, Gandersheim y Dachau, escribir sobre lo vivido en Alemania. ¿Esa experiencia no habría sido, tal vez, la de esos aniquilados hasta la desaparición en Esma? Esa experiencia, la experiencia de un testigo.

Testigo, no el situado como tercero en un litigio (*tertius*), sí quien ha pasado hasta el final por un acontecimiento y puede ofrecer un testimonio sobre él (*superstes*). Testigo, el que recuerda (*martys*, en gr., recordar, de mártir surge *martyrium*, un término utilizado para indicar la muerte de los cristianos perseguidos, quienes de esa forma daban testimonio de su fe; una razón para

explicar el escándalo de una muerte insensata). Testimonio, acto de autor; el testimonio presupone siempre algo –acción o suceso– que preexiste: referencia. Testimonio, representación firmada; y la firma legítima legitima. Testimonio: actuación para el prójimo.

Contra la inocencia de la *evidencia de los sentidos*. Tras los juicios del pasado sensorial de un sujeto. Testimonio imposible: desde el interior, ya que el desaparecido desapareció; no hay aparición capaz de narrar la desaparición (toda muerte sería imposible de ser testimoniada, aún la de aquellos que han sido privados de la muerte propia). Testimonio desde el exterior, desde una visión ajena. El exterminio, la aniquilación, la desaparición solo podría ser mostrada. El relato, palabras que solo sobrevuelan la desaparición, por la superficie, sin bucear allí, en esa profundidad oscura.

Fuera de Esma, lo demás, como escribió Primo Levi en el final de *La Tregua*, lo demás tan solo habrá sido breve vacación, ilusión de los sentidos, sueño incierto. Y sin embargo, esa experiencia de verdad parece aniquilada, desaparecida por la violencia misma de la desaparición. ¿Quién puede sobrevivir realmente? Atravesar la desaparición, una experiencia no de la vida. La desaparición no puede ser experimentada. Sombras incapaces de hacerse cargo de la experiencia. Sombras que olvidan el terror (el terror, una idea fugitiva, dice Aira).

Adorno, en *Dialéctica negativa* (1966), trazó “un nuevo imperativo categórico: pensar y actuar de modo que Auschwitz no se repita, que no ocurra nada parecido.” Ocurrió Esma. Nada de lo sucedido, nada de lo sabido ni de lo juzgado nos ha hecho más sabios, tampoco más profundos o mejores. Ni siquiera sentimos nuestra fragilidad al pasar frente a Esma, fábrica de desaparecidos. Esma hizo que la muerte adquiriera una forma que nunca se había temido: desaparición, violencia en la cual la negación del crimen es parte del interior del crimen. Cavó una fosa en los aires, en el cauce del ancho río, allí donde no hay estrechez. Luego de torturados, anestesiados y arrojados desde el aire; hundidos en el río. Eso, la desaparición, sigue provocando extrañeza, aún sabida. Dura roca contra la que choca la eficacia de las ideas, que hace irreal a las ideas. Testimonio, representación de ese choque. Testigo, quien ha pasado por Esma; quien pasó, *libre*, por la avenida; quien mira y no ve; quien se acerca, relata, alejándose.

Mientras se torturaba, sonaba “Satisfaction” de los Rolling Stone

Unos pocos de los cinco mil alojados en Esma quedó con vida. Susana Jorgelina Ramus, una de ese pequeño grupo, escribió *Sueños sobrevivientes de una montonera. A pesar de la Esma* (Colihue, Buenos Aires, 2000). Dice que

no era ella quien gritaba, no era a quien se violaba, torturaba y cosificaba. Insensible, desdoblada, resistía. Solo dolor y angustia. *Atrapada en el dolor*, son sus exactas palabras.

Dice –y perturba lo dicho– de su compañera Norma Arrostito: “Ella estaba siempre alegre, era un sol, los guardias la querían, todo el mundo la quería, no sé si también Chamorro, que la iba a visitar todos los días para convencerla o para mostrarla como trofeo a las otras fuerzas. Cuando se despertaba tomaba mate y cantaba y antes de un año la mataron/ yo la vi morir/ fue la única persona que vi morir en mi vida...” (Ramus, *op. cit.*, p. 55). ¡Qué difícil resulta avanzar en la comprensión de este párrafo! Difícil y doloroso. ¿Cómo ser un sol estando recluido en un campo? ¿Cómo cantar? ¿Cómo estar alegre? Son inmensas las dificultades que tenemos para comprender la ceremonia del mate compartida por torturados y torturadores. Ramus relata la densidad de la humanidad, las fronteras de la especie humana, la capacidad de vivir en el límite. Sigue. Se pregunta por qué sobrevivió:

A mí me daba pena ese bobito de suboficial o más bien parecía conscripto que se deslumbró conmigo y creyó que como era su prisionera iba a poder violarme/ claro que pudo pero después Chamorro lo mandó castigado al sur y los compañeros de él me odiaban/ no me llevaban al baño cuando yo los llamaba tardaban años en venir alguna vez no me dieron comida (...) para entonces Chamorro ya había condenado a ese guardia porque tenía que demostrarme a mí y ellos que no eran violadores o al menos había que hacerlo con cierta clase/ pero que definitivamente no era una prerrogativa de un guardia o mejor dicho de un suboficial que tenía que comprender que en el rango estaban primero el director de la ESMA, luego todos los oficiales, después nosotros y por último ellos, era una cuestión de obediencia debida/ no es cierto que los oficiales la tuvieran porque ellos eran absolutamente voluntarios, todos y cada uno de ellos afirmaban eso/ además se sentían orgullosos de tener unos prisioneros de nuestra calidad humana, cultural, política, valentía, dignidad y todo eso que ellos no estaban muy seguros de tener, quiero decir que en realidad nos admiraban/ lo de mi denuncia de violación seguro que le pareció bien a Chamorro, porque era como si él compartiera esos valores al menos en cierto sentido/ un sentido muy formal porque él no lo hizo o al menos eso creo/ no sé si supo que los oficiales sí podían hacerlo... Susana Ramus

Sentirse una cualidad, dotada de derechos aun en el campo; sentirse por encima de otros, aun de suboficiales del campo y hasta del mismo director del